

CUENTOS DEL PARAÍSO DE LAS  
ISLAS, 10  
¡POLVO DORADO, PUJOLITO!-03

Emilio Sola  
[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 01/09/2023  
Número de páginas: 14  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

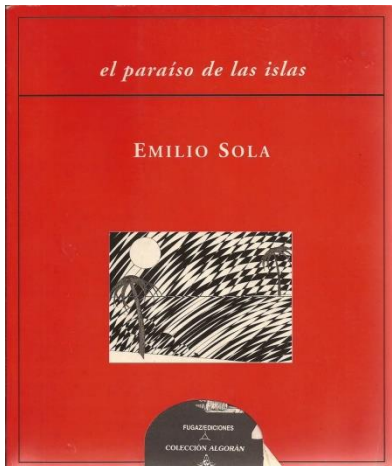
[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)  
[contacta@archivodelafrontera.com](mailto:contacta@archivodelafrontera.com)

[www.miramistrabajos.com](http://www.miramistrabajos.com)

# Cuentos del paraíso de las islas

## 10

### 10-01 ¡POLVO DORADO, PUJOLITO!



“¡Polvo dorado, Pujolito!” fue publicado en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario es un día largo de la primavera del año 33 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o del Naranjal. Se fragmentará en 5 entregas:

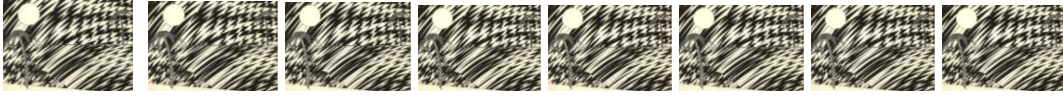
10-01, 10-02, 10-03, 10-04 y 10-05

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

**INDICE GENERAL**  
de EL PARAISO DE LAS ISLAS

<p>1.- ¡POLVO DORADO, PUJOLITO!</p> <p>1.1.- Ahmed Pujol, mulato claro, después de acostarse con una yanqui, se va a dormir en la hamaca a casa de su madre.</p> <p>1.2.- Mulato Pujolito recuerda su infancia en la casa del huerto de los almendros.</p> <p>1.3.- Pujolito va a ver a su madre Montse Pujol al taller.</p> <p>1.4.- Pujolito charla con su madre Montse de su padre Kader Hamuín y de otros asuntos.</p> <p>1.5.- Mulato Ahmed se pasa por la casa grande para dormir la siesta con Consuelo Entrambosaires, Titina, pero ésta no quiere.</p> <p>1.6.- Después de dormir la siesta con Nico, Ahmed, Titina y los amigos se van a la playa.</p> <p>1.7.- En la casa grande el grupo de chicos se arreglan para la</p>	<p>cena en honor de Prisciliano Manfredi en la casa del huerto de los almendros.</p> <p>1.8.- En el bar de Primo.</p> <p>1.9.- La fiesta en honor del Manfredi, en la que Pepín Castaño canta la nana de la soltera.</p> <p>1.10.- Prisciliano Manfredi promete llevarse a Ahmed Pujol al Egeo.</p> <p>1.11.- Mulato Ahmed prepara su macuto y promete volver hecho un hombre para estar con Tatiana Fontenova.</p> <p>1.12.- Pujolito se topa con el lamé de la Nico.</p> <p>1.13.- Pujolito se duerme en el regazo de Titina.</p> <p>1.14.- Tarzán Weismuller conduce al aeropuerto a los viajeros en su vetusto coche verde.</p> <p>1.15.- La Nico y Pepín Castaño se acuerdan de Ahmed Pujol.</p>
--	---

<p>EPÍLOGO: Del amanuense para el lector, con DEDICATORIA incluida.</p> <p>2.- DON BORONDON EL BABILONICO.</p> <p>2.1.- Don Borondón el Babilónico, conocido como Sargón el Antiguo en Oriente, toma una copa de vino en la terraza de la casa del naranjal.</p> <p>2.2.- ¡Salud, amigos!</p> <p>2.3.- La biblioteca habitada de la casa de don Borondón.</p> <p>2.4.- Don Borondón y la luna llena.</p> <p>2.5.- Ante el espejo: “La gran aventura”.</p> <p>2.6.- La construcción de la plataforma circular.</p> <p>2.7.- Chito Gomes, los chicos de Spalato y la música para la plataforma.</p> <p>2.8.- La música, los grupos de la costa y el chiringuito de Eulogio.</p> <p>2.9.- Eulogio y Josefina y sus hijas Josefina y Verónica.</p>	<p>2.10.- Leila Naser llama al Babilónico “nostálgico, borrachón”, y éste charla con Erik Andersen, gran jardinero.</p> <p>2.11.- Los niños Fito Naser y Lavinia Plonka en la casa de don Borondón y la historia del hombre del perro negro y el niño Saigo Newman.</p> <p>2.12.- Con la luna llena de mayo, el Antiguo se pasa el día hablando de la libertad y se despide de la casa-biblioteca del naranjal.</p> <p>2.13.- Don Borondón se instala en la plataforma durante la fiesta de la luna llena de mayo.</p> <p>2.14.- El Antiguo y don Severino Muntañola recuerdan tiempos antiguos.</p> <p>2.15.- Don Borondón es condecorado y desenlace provisional de la historia de Miriam María y el Hamuín Norodín.</p> <p>2.16.- Gente nueva llega a la casa de don Borondón, entre ellos Titina Entrambosaires y sus hijos Estambuli Entrambosaires y Alta</p>
--	---



26

-¡Ay, hijo, eres imposible! ¡Disparate total eres! -la Montse se había mosqueado un tanto-. ¡Porque querer no es follar, ¿comprendes? ¡A ver si te enteras de una puta vez por todas, tío!

Más de media hora habían pasado madre e hijo en estas conversaciones; ya los del merendero habían vuelto al trabajo y el Weismuller salía del taller con su coche viejísimo verde estrepitoso. Los niños debían haber entrado en la escuela. Mulato Ahmed apuró el resto de leche que quedaba en la botella y ambos, madre e hijo, se levantaron en silencio y fueron bajando hacia el taller.

-¿Te queda mucho trabajo hoy, Montse?

-No, un poquito. En un par de horas escasas termino con el tractor y me voy con Tarzán a buscar a Prisciliano Manfredi al aeropuerto. ¿Por qué no te pasas por casa de Titina ahora y a la noche os venís a cenar? Haremos una buena comida en honor de Prisciliano.

-Por casa de Titina tenía pensado pasarme ahora, después de comer lo que nos hayan dejado los de la casa, para la hora de la siesta. Tiene buena música... Le diré lo de la cena.

1.5.

No estaba lejos la casa en donde vivía Consuelo Entrambosaires de la casa del huerto de los almendros; no más de diez minutos de camino siguiendo la playa, poco más allá del bar de Primo. Antes incluso de

llegar a la casa del huerto de los almendros mulato Pujolito se topó con Tarzán Weismuller -el uno, su cuerpo elástico y moreno, las manos en los bolsillos, la camisa de flores amarillas y rosa, pantaloncito blanco y ligero de tela de sábana como malamente amarrado a la cintura, el otro en el viejo coche verde, corpachón de cara colorada, bigote desparramado allí, por su sitio, rubio entrecano ya, aún el mono azul que tomara del taller-, y éste se detuvo gentil para ofrecerse a llevarle.

27

-Hacia dónde tus pasos, joven luchador.

-A la casa grande, viejo mono -y de un brinco se instaló en cuclillas en el asiento delantero y cerró la portezuela.

-O.k.

-Tú tan feo como siempre, viejo Tarzán; ¿cómo haces para que tu alfombra mágica verde vuele todavía?

-La mimo, joven luchador.

-¿Crees que este cacharro podrá llegar al aeropuerto?

-Eso intento.

-¿A qué hora vais?

-I think... 6 p. m.

-¡Para! ¡Para aquí, tío!

De un salto ganó la acera frente a la casa grande. “Ciao”. Carrerilla por el jardín. Buscó una ventana baja abierta para pasar al salón.

- 28 Titina estaba arriba. En la sala, en un rincón, mochilas y sacos de dormir plegados; una chica con una guitarra; alguno leía un libro o una revista. Subió de dos en dos los escalones, casi se carga al gato en el rellano, la puerta estaba abierta y pasó.

-¡Hola, Met!

Consuelo estaba tendida en la cama, las manos a la nuca, y se incorporó al verle entrar. Se dieron un beso. Tenía un libro abierto, lomo arriba, a su lado en la cama.

-¡Hola, Titina! Tenía muchas ganas de verte hoy -tomó el libro con cuidado de no equivocar la página por la que estaba abierto y se tendió a su lado-. ¿Qué lees?

-Una edición de Saadi en versión francesa de Seghers, hecha en Argelia hace muchos años. Me la trajo este amigo, Gastón, que acaba de llegar de allí. ¿No le conoces?

Mulato Ahmed no se había dado cuenta al entrar; junto a la puerta, el tal Gastón curioseaba en las cintas de música. Titina los presentó. Al poco rato el francés se despedía, “a tout à l’heure”, y bajó al salón.

-¿Nuevo el Gastón?

-Hace tiempo que le conozco; coincidimos por ahí y es maestro como yo, pero en francés. Ya está en el programa básico unificado, ¿sabes? Quiere comenzar su vida profesional en Tirana.

-Todo un hombre, ya lo veo.

Consuelo Entrambosaires era una chiquilla dorada y menudita, de ojos grandes y oscuros, de voz cálida. Ahmed y ella habían crecido juntos, casi de la misma edad, hasta los ocho años, en la isla. Luego la madre de Consuelo, Consuelo Entrambosaires como ella, había cambiado de isla con un grupo que montó una fábrica de conservas de pescado en Yerba. Allí murió en accidente de automóvil cuando Titina tenía entre diez y once años. La niña tenía querencias de esta isla y aquí la trajeron -al parecer, fue el propio Tarzán en uno de sus viajes-; entre Montse, que ya pasaba más tiempo en la casa del huerto de los almendros que en otros lugares, y Tatiana Fontenova, que acababa de dar a luz a Leónidas, la integraron en el grupo de aquella casa. Aquella era, por lo tanto, también “su” casa y a partir de aquel momento Met y Titina habían sido los niños “mayores” de ella.

29

-Si tienes sueño, Titina, nos quitamos la ropa y echamos una siestecita, ¿vale? -y mulato Ahmed se quitó la camiseta de flores amarillas y rosa, la tiró al aire y le dio un empujón a la puerta hasta cerrarla casi por completo.

-¡Bien me conozco tus siestas, Met! Te pones culebrón y quieres hacer deporte, como tú dices...

-¡Anda, Titina, echamos siesta, ¿vale? -Pujolito comenzaba a trajinar los botones de Consuelo.

-¡Déjame, tonto! Luego quieres follar y ya sabes que no podemos -se sentó en la cama y se puso seria-. Además, Met, me empiezas a dar miedo; sólo piensas en follar, tío, y eso es grave. Si quisieras, podías ser profe...

-¡Ay, Titina! No me gustan los libros, no me gustan los niños, me gusta follar, ¡por qué nadie me entiende aquí!

30 -¡Pues tienes que hacer que te guste algo más que pegarle todo el día al pito, caray! Así, ni hombre ni leches; ¡terminarás puto o como Primo!

-Montse y tú sois las dos mujeres que yo más quiero, las dos por las que daría mi vida hoy mismo, y nada... ¿Ves? -y Pujolito, de rodillas, señalaba a su bragueta-. ¿Ves? Ya estoy culebrón...

-¡Claro, tío! ¿Y quieres meterme eso por la ranurita mía?

-Perdona, Titina, ya lo sé: el elefante y la gacelita, el lobo y la caperucita... Pero te quiero mucho, me vuelves loco, lo sabes... Acuérdate de la única vez que me dejaste follar contigo, ¿eh? ¿Te acuerdas? Tanto me esforcé para no hacerte daño y que entrara sólo la puntita, que tuviste un orgasmo como una casa, y luego otro y otro, ¿recuerdas?, y yo también, al tercero tuyo, uno copiosísimo...

-¡Claro que me acuerdo! ¡Y tan copioso que dejaste la sábana hecha una mierda, y caló al colchón y toda la habitación estaba húmeda, bruto!

-¡Mentira podrida! ¡Exagerada! ¡Sólo un poquito cayó en la sábana, y yo te la lavé y la tendí al sol y te la planché, y no se notaba ni mancha ni nada, ¿eh? ¡Por qué me martirizas?

Al Pujolito casi se le saltaban las lágrimas. Consuelo se levantó, se abrochó los botones que el chico le había trajinado y, de pie, tomó la cabeza de su amigo, la arrimó a su pecho -menuditos y firmes, puro limón- y le besó repetidamente en la frente y en el pelo.

-Met, te juro que te quiero más que a nadie, más que a la memoria de mamá te quiero, y te juro que sé que nunca podré querer a un hombre como te quiero a ti. Y que te querré siempre, estés donde estés, hagas lo que hagas, me quieras tú o no me quieras... y que aunque un día me llegaras a pegar te seguiría queriendo aunque no volviéramos a vernos nunca más, ¿comprendes? 31

El Pujol lloraba. Se había abrazado a la cintura de su amiga y le acariciaba el pecho con la mejilla.

-Tanto como me quieres, te quiero, Titina, pero...

Alguien empujó la puerta en ese momento -era la chica de la guitarra- y pidió disculpas.

-Perdona, Consuelo, no creí molestaros.

-No molestas, Nico, pasa. ¿Conoces a Ahmed Pujol?

El Pujolito se sintió de pronto algo mentecato, buscó la camiseta, se enjugó las lágrimas con ella y tendió la mano a Nico.

-Encantado.

-Encantada. Me habían hablado mucho de ti, chico.

Pujolito recuperó el aplomo; la chica le miraba entre el susto y la fascinación; se dio cuenta. Titina sonreía.

-Perdona, Nico; es que estoy culebrón.



-Quiere decir que quiere hacer deporte, ¿comprendes?

32 La chica Nico no comprendía nada, seguía aturdida sin saber dónde reposar la mirada. Titina le hizo un guiño al Pujol, otro a continuación a Nico, y les dijo:

-Me voy a la sala; había quedado con Gastón en revisar unos libros. Luego vengo a buscaros para ir a dar una vuelta, ¿vale?

La chica Nico se recuperó de repente.

-¡Eh, Consuelo! Venía a buscar una cuerda prima de la guitarra, se me había roto...

-Busca por ahí. El Pujolito es un experto en cuerdas de guitarra, ya verás.

Antes de que terminara de decir esas palabras mulato Ahmed y Nico se sonreían. Titina cerró tras sí la puerta y bajó al salón.

### 1.6.

Media hora escasa después el Pujolito y la Nico descendían por la escalera cogidos de la mano, sonrientes, cara de felicidad.

-Tengo un hambre de lobo, Titina. Voy a rebuscar en vuestro frigo -y el Pujol se perdió un rato por la cocina.

-¿Qué tal, Nico? -preguntó Consuelo.

-¡Polvo dorado el Pujolito, chica! ¡Qué cosa...! -y se dejó caer, lánguida todavía, en el sofá.

33

Se habían ido todos a la playa, salvo Gastón y Consuelo que discutían de los problemas de adaptación de las literaturas orientales a los programas básicos unificados. Discutían en francés, al parecer más ducha en esa lengua la Entrambosaires que el Gastón en la española. Pujolito apareció al rato comiéndose un bocata desmesurado.

-¡Pero qué has metido ahí, tío! ¡Tantas cosas había en el frigo?

-¿Gustáis? -con la boca casi llena, medio atragantado-. En esta parte tomate, cebolla y huevos duros; por aquí, pollo y por aquí no sé qué potaje que teniais allí. Un poquito sólo.

-Las lentejas estofadas, sí.

-Eso será... Se me olvidaba decirte, Titina; hoy llega uno que se llama Prisciliano.

-¿Prisciliano Manfredi? ¡No es verdad!

-Sí, ese. Mi madre me dijo que iban a preparar buena comida, que pasáramos por allí a cenar... Creo que podemos ir todos porque, cuando preparan, ya sabes.

-¡Que Prisciliano Manfredi venga a la isla es una fiesta para la isla! ¡Qué ilusión!

34 Decidieron irse a la playa. La tarde estaba espléndida y era una tontería quedarse allí amuermados, en el salón. Titina bromeó sobre el bañador de los peces azules y el pulpo rojo, Pujolito le hizo una aguadilla, nadaron un rato y luego, tendidos en la arena, la espalda al sol, un poco separados del grupo, mulato Ahmed volvió a la carga.

-Titina, ¿por qué no me quieres?

-¡Anda, y que es pesado el chico! Además, empiezas a ser comediante, que sabes que te quiero, y mucho. Lo que te pasa a ti es que lo confundes todo; y, sobre todo, lo que confundes es querer con follar, ¿o no?

-Eres igualita que Montse, tú -se quedó un rato pensativo Pujolito. Miraba al mar; un velero parecía distraerle-. Titina, ¿me quieres más que al franchute ése?

-Sí, más. Y no le llares franchute porque, así, pareces celoso.

-¿Follas con él?

-¡Ay, chico, eres imposible! No sabes hablar más que de follar. Pues mira, un par de polvos echamos desde que nos conocemos, y hace tiempo ya, y más de dos semanas seguidas estuvimos juntos en una ocasión -se había incorporado, agitada, y se apoyó en el codo derecho, de espaldas al grupo-, ¿comprendes?

-No te enfades conmigo, chica. Pero si no folláis, ¿qué hacéis?

-Pues hablar, como tú y yo ahora, pero de otras cosas. Eso es lo que tú tienes que aprender a hacer, ¿sabes? Si no encuentras algo que te guste además del “deporte”, como tú dices, y si no te aficionas al menos a la

lectura o a escribir, o qué sé yo..., pues cuando seas mayor y no seas tan guapo y seas más impotente que ahora, y todo eso, pues serás un viejo infeliz, tío, ¿comprendes?

35

-¡Comprendes, comprendes, siempre igual! Pero no me gusta leer, ni escribir, ni eso que tú dices. A mi me gusta fo...

-¡Y dale! Pues aprende a que te guste algo, y si no son los libros, pues otra cosa. Los barcos, por ejemplo.

-¡Mira, eso sí! -casi gritaba-. Los barcos, los barcos de cabotaje, los barquitos de viajeros que van de isla en isla, las barquitas de pesca de bajura... -Se quedó un rato colgado de la línea horizontal del mar. Titina volvió a tenderse a su lado y le miraba, la mejilla derecha apoyada en sus dos puños superpuestos. Miraba su perfil y callaba-. Los barcos puede ser, ¿sabes? -Ahora como un susurro-. Hablé mucho con mamá Montse hoy. Casi lloró en un momento y me dijo que lo único que quiere en su vida es que yo sea un hombre; y que no creía, por las cosas que le dije lo diría, pienso yo, vamos, que fuera aún tan su niño Ahmed, que es como ella me llamaba. Tú me llamabas siempre Met o Amet, y ella siempre niño Ahmed. ¡Ya ves! A pesar del acento catalán pronunciaba la d y todo... Y no se lo dije, pero lo pensé para mí, y a ti te lo digo ahora, prometí que antes de un año..., o dos, vamos, pero pronto... , iré a visitar a mi padre Hamuín a la muralla verde, con cartas y regalos de Montse, porque ya seré adulto -miró a Titina y le vio los ojos a punto de rebosar, el sol en ellos en mil soles convertido-. ¿No me crees?

Consuelo le dio un beso largo y caliente en la nariz; al cerrar los ojos, las lágrimas rodaron en libertad. Mulato Ahmed giró su cuerpo y, tendido de espaldas, le echó los brazos al cuello. Quiso apurar el beso, buscó su boca, pero la chica se incorporó.

36 -¡Ay, Titina, en la boca! ¡Ya me estaba poniendo culebrón!  
-¡Pues eso es lo que no quiero, tonto! -y se secaba las lágrimas con la palma de la mano.

Nico, Gastón y los otros pasaron por allí de paseo y Ahmed, otra vez tendido panza abajo y acodado al lado de Consuelo, le envió a Nico tres o cuatro piropos -"tía buena, coño de catedral, maciza"-, Consuelo les dijo que cuando quisieran podían volver a la casa grande y quedaron en diez minutos o un cuarto de hora.

-Folla como dios la Nico, Titina. Si esta noche se me pone a tiro, se la meto otra vez.

-¡Vamos, estás en decadencia! ¡Dos veces con la misma chica?

-Es que está muy buena. Bueno, es la verdad. Pero se me olvidó contarte: estuve dos veces con una yanqui de esas turistas de los apartamentos de la urbanización nueva, ¿sabes?

-¿Tan guapa era?

-No, era normal. Pero a última hora, cuando ya estaba cansado y el ambiente no daba para más, se me había fugado una amiga suya con otro sin que me diera cuenta y me quedé colgado con ella. Fuimos a su apartamento, hicimos un poco de deporte y me fui a la casa del huerto de los almendros, a mi hamaca.

-La hamaca de la casa grande te la descolgué el otro día. En mi armario está. Casi no la usabas ya.

-Ya lo vi. En el rellano de la escalera me encontré al gato y le metí una patada, creo que sin querer, pero no sé si fue adrede.

-Estás empezando a tener problemas de dormir, Pujolito.

37

-Algo pasa, sí. En la casa del huertito de los almendros tampoco hay quien pare. Son la leche, los niños, sobre todo ese Leónidas, el de la Tatiana Fontenova... No sé para qué hace niños la gente, tú.

Consuelo sonrió y se levantó. Los otros venían ya. Volvieron a la casa grande para cambiarse.

### 1.7.

En poco tiempo el salón de la casa grande se convirtió en una fiesta. Todos querían ponerse elegantes para recibir a Prisciliano Manfredi. Las mochilas y los armarios se abrieron, cada cual sacó sus mejores galas y luego todos se dedicaron a intercambiárselas, según cánones estéticos variopintos. Eran siete, no tantos como Pujolito se había imaginado; el día anterior cinco se habían reintegrado -algunos integrado sin más, pues era su debut de hombre libre, como se decía- a su trabajo. Nico era anglo-americana -"anglo-americana, chico, no anglo-yanqui; o anglo-colombiana, si prefieres", aclaraba ella-; Gastón, francés; Marco, ítalo-francés; Elena, greco-no sabía qué, pero hablaba muy bien en francés y en español; y Pepín, español -"asturiano de Cangas, pero emigrado a México", explicaba él-, tímido y reidor de cualquier